



Retrato de grupo con Editor

La mediación editorial
Inteligencia artificial y edición
El libro como expresión artística
Los guardabarreras del libro
El papel de la agencia literaria

ENRIQUE TIERNO GALVÁN • MICHAEL BHASKAR
GAIA BANKS • MIKE SHATZKIN • JESÚS ORTIZ
C. HERRERA ZAMARRÓN • STEVEN SIECK
WILLIAM MARLING • ELEA GIMÉNEZ TOLEDO
JORGE MAÑANA RODRÍGUEZ • THAD MCILROY
ANA GARCÍA GARCÍA • CLIFF GUREN • MAICA RIVERA
MANUEL RODRÍGUEZ RIVERO • GUSTAVO GUERRERO

Ingeniería inversa del álbum en tierras de western

Jesús Ortiz

Editor y escritor

La vida [...] es un cuento narrado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que nada significa». Hemos escuchado muchas veces (y, con un poco de suerte, escucharemos muchas más) esta cita del *Macbeth* de Shakespeare. Durante años empecé con ella una clase sobre edición en un máster. Me servía para introducir el papel de los editores: impedir que la vida siga llena de ruido y furia es responsabilidad de todos; pero el trabajo específico de los editores es evitar que sean los idiotas quienes la cuenten.

Esto es apuntar por elevación, desde luego: podría presentarse al editor más sencillamente como alguien que se gana la vida vendiendo libros. Pero esta segunda definición no lo distingue de otros colectivos, y es menos eficaz para combatir una idea tan extendida como equivocada: a saber, que un editor es alguien que tiene en exclusiva el acceso a las librerías, privilegio que le permite quedarse el 90% de la venta del esfuerzo del autor. Porcentaje que incrementa habitualmente por el sencillo procedimiento de mentir en la declaración de ejemplares vendidos.

La verdad es que los editores no hemos hecho mucho por desmentir esta opinión. En parte, me parece, porque no es fácil construir una imagen en la que aparezcamos mínimamente favorecidos. Véase: un autor puede fracasar tras años de empeño, perdiendo el tiempo y el esfuerzo dedicado. Un editor en el mismo trance pierde además los caudales que haya invertido en ello. Así, ¿quién en sus cabales iba a hacerse editor si pudiera ser autor?

Los editores lo somos porque no sabemos hacer nada: si supiéramos escribir seríamos escritores; ilustradores, si fuéramos capaces de representar el mundo con alguna gracia. Puestas así las cosas, no tenemos mayor interés

en que la atención se dirija hacia nosotros, así que no hacemos nada por explicar nuestra intervención. ¿Qué más da?

El resultado, en la percepción pública, es el dicho antes. Y, sin embargo, seguimos seleccionando lo mejor de lo que se escribe o ilustra, mejorándolo hasta donde podemos, esforzándonos por venderlo. Gracias a eso se publican muchas cosas buenas, aunque en medio de otras que no lo son: del mismo modo que el ruido y la furia nos acompaña sin descanso, una multitud de idiotas pervive contándolo.

Observamos con cierta perplejidad cómo algunos autores, al tiempo que subrayan nuestros intereses comerciales, señalan las ocasiones perdidas: ¿no despreció Carlos Barral *Cien años de soledad*? ¿No rechazó André Gide *À la recherche du temps perdu*? Casos que pueden repetirse con facilidad: los editores sabemos que es cuestión de tiempo y oportunidad que cometamos errores parecidos. Pero, ¿por qué nunca se recuerda que *Catch 22*, de Joseph Heller, no hubiera sido la obra maestra (y el éxito de ventas) que es sin Robert Gottlieb? ¿O que *To Kill a Mockingbird*, el libro de Nelle Harper Lee que los estadounidenses más valoran tras la Biblia, tampoco sin Tay Hohoff?

Pues no se recuerda, para empezar, porque no se ha contado lo suficiente. Los editores publicamos la obra de otros, y bien está: ese es nuestro trabajo. Pero parece que ignoramos la importancia de la comunicación: nunca hacemos notar nuestra actividad.

Y, sin embargo, a los autores les conviene saber qué pueden esperar (bueno y malo) de un editor, en lugar de verlo simplemente como un puente de peaje que deben atravesar para llegar a la librería. Lo sabe bien la Asociación de Escritores de Euskadi/Euskadiko Idazleen Elkarte (AEE/EIE), que todos los años organiza en Bilbao la jornada «El autor en el nuevo mundo de la edición». La jornada está pensada en beneficio de sus asociados, lógicamente, y para ello ningún año ha dejado de interrogar a editores nacionales ni de traer profesionales destacados de otros países, convirtiéndose así, casi de tapadillo, en uno de los foros sobre edición más interesantes de por aquí.

Otro foro pensado para ayudar a los autores es el celebrado en Almería en febrero: «Desvistiendo el álbum. De la idea al libro publicado». Unas jornadas que la asociación ¡Álbum! organizó con la Escuela de Arte de Almería para «mostrar una visión global del proceso de creación de un libro-álbum, desde la idea pasando por el proceso de edición e impresión, hasta la comercialización del libro final». Una especie de ingeniería inversa de este tipo de libro, pues, cuya impresión es más compleja que la de los libros corrientes,

dirigida a futuros ilustradores, autores imprescindibles en este género. Pero cuyo desarrollo resultó en su mayor parte aplicable a las relaciones entre autores y editores en cualquier otro subsector del libro.

De la asociación ¡Álbum! ya hemos hablado en *Texturas* 36 («Lo que está pasando en el mundo del álbum»). Allí decíamos que la asociación, que agrupa a dos docenas escasas de editoriales especializadas en el formato álbum, pretende explicar este género y darle la relevancia social que merece. En los tres años transcurridos desde entonces, ha hecho eso sin que los intereses comerciales de las editoriales participantes hayan interferido con la promoción de este tipo de libros y la discusión teórica entre docentes y profesionales del libro. Ahí están las Semanas del Álbum y los foros «El Álbum en el Aula».

Que este tipo de actos se celebren en ciudades que no son Madrid o Barcelona puede revelar la existencia en ellas de autoridades académicas y políticas despiertas. Que se celebren en Almería revela eso, y además la portentosa hiperactividad de Gema Sirvent, la editora de Libre Albedrío.

Los encuentros, qué remedio, se limitan a 72 puntos por pulgada: por pantalla, porque padecemos peste, pero durante ellos, de alguna manera, todos nos sentimos en Almería. Tierra de rodaje de *westerns*, como se sabe. Quizá ello lleve a Arianna Squilloni, directora de A Buen Paso, presidenta este año de ¡Álbum! y tan hiperactiva como Gema, a emplear uno, *Los siete magníficos*, para aconsejar a los autores en ciernes cómo tratar con los editores. En el resumen de las jornadas colgado en la Red, quedan unos fotogramas, aquellos en que Steve McQueen y Yul Brynner discuten así sobre edición:



—¿A dónde te diriges?

—Hacia el sur, más o menos.

Esta de Arianna, y la mayor parte de las intervenciones, fueron reservadas para los alumnos de la Escuela de Arte. Los ponentes más numerosos eran ilustradores profesionales, que hablaron tanto de su vida como del modo

de trabajar y de relacionarse con las editoriales. Isidro Ferrer, por ejemplo, contó cómo siendo adolescente un día le destrozaron los libros de clase y, a raíz de ello, decidió no volver a la escuela. El día siguiente, mientras sus hermanos entraban en ella, Isidro fingió atarse los zapatos y, cuando se incorporó, tomó el rumbo opuesto. Entró a una biblioteca pública y el bibliotecario le preguntó por qué no estaba en clase:

—Porque estoy enfermo.

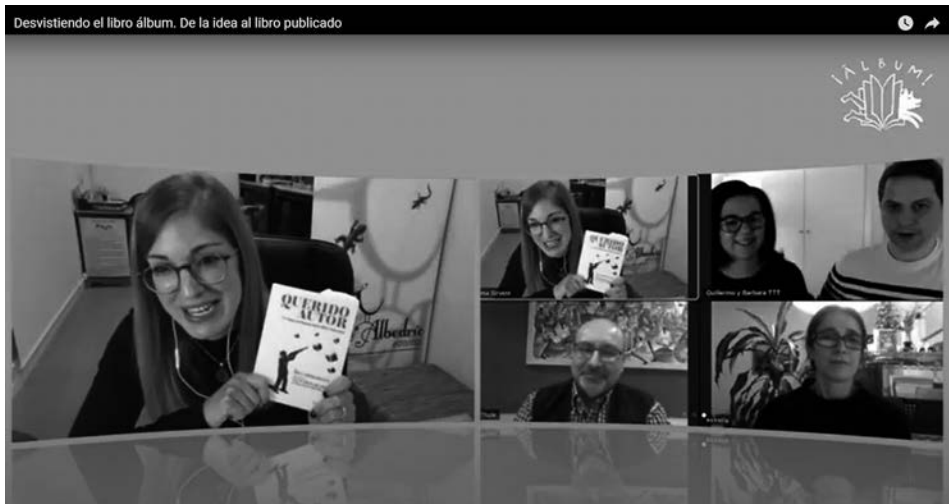
—Entonces, ¿qué haces en la biblioteca?

—Pues estoy demasiado enfermo para ir a clase, pero no tanto como para no poder ir a la biblioteca.

Parece que al señor le hizo gracia y le permitió estar sin más preguntas, y volver cuando quisiera. «Descubrí al tiempo la vida y los libros», dice el hoy reconocido ilustrador. Apuntando otra faceta del oficio de editor: para evitar que los idiotas expliquen el mundo, se trata, sobre todo, de darle voz a la inteligencia, sabiendo que la inteligencia creadora es con frecuencia maltratada, de difícil acomodo. Y es que la creación implica salirse de los caminos trillados, explorar pasos difíciles, y son muchas veces los peor aceptados quienes optan por esta vía. Los editores serían así uno de los recursos que la sociedad dispone para recuperar tanta inteligencia dispersa, tan fácil de perder.

En el trato con las editoriales que describen los ponentes de las jornadas afloran enseguida dos puntos de vista enfrentados: el autor que no quiere que el editor intervenga lo más mínimo en la obra, por un lado, y el que sabe que aporta un material que será procesado para integrarse en un libro. El primer tipo es característico de poetas, pintores y autores bisoños; en el segundo grupo están los ilustradores y los escritores con experiencia. Los ilustradores con frecuencia han trabajado en prensa, en estudios de diseño o en agencias de publicidad, sitios todos ellos donde la colaboración entre profesionales diversos es central para lograr el producto que pretenden. En cambio, se puede llegar a poeta en una torre de marfil y a pintor sin salir de un estudio.

A nadie nos gusta que nos corrijan lo que hacemos: nos encantaría que todo el mundo se rindiera sin resquicios a nuestra gracia y talento natural. Cuando uno escucha «A mí no me toques ni una coma», sabe que está tratando con un autor poco curtido. ¿Porque el tiempo convierte a los autores en masoquistas? En absoluto; los autores veteranos eligen el menor de dos males: ser cuestionado en el despacho del editor, en privado y pudiendo discutir, y no más tarde, con el libro impreso irremediablemente a la vista de todo el mundo. El mal es tan menor que al final resulta que no tiene nada de malo: el autor ha aprendido que la mirada ajena, desde una distancia que él no puede tomar, sirve para mejorar la obra, sin que por eso sea menos suya.



Un momento de la mesa «¿Qué pinta el editor en todo esto?»

Pero también hay editores que prefieren decidir simplemente si publicar o no, y no se meten en berenjenales. La cuestión, entonces, es encontrar con quién trabajas a gusto. Hay varias clases de relaciones entre autores y editores. Varios ilustradores se expresaron en este sentido, un tema tratado también, entre otros, en la mesa llamada «¿Qué pinta el editor en todo esto?», compuesta por editores de cinco editoriales, incluida en la parte pública de las jornadas y que todavía puede verse en el canal de Youtube de la asociación.

La influencia del *western* almeriense sigue presente: escuche al editor de Thule, José Díaz, viva imagen de John Wayne hablando sobre los indios, dirigirse a los jóvenes estudiantes almerienses, futuros autores, explicándoles cariñosamente que el mejor autor es el autor muerto. Poniendo de paso sobre la mesa otro tópico que los editores comparten, como evidencia también el título de las memorias de Mario Muchnik, *Lo peor no son los autores*. Obviamente en tono jocoso: los autores (escritores, ilustradores, fotógrafos...) son nuestra razón de ser, los que dan sentido a nuestro trabajo, que es facilitar y agrandar el suyo. Perfectamente conscientes de esto, los editores estamos muy a gusto en segundo plano, lejos de los focos. Así debe ser. Pero precisamente para ayudar a los autores a hacer su trabajo conviene que enseñemos cómo y por dónde nos movemos. El entusiasmo que manifestaron estudiantes y profesores de la Escuela de Arte de Almería tras las jornadas confirma su utilidad, como el resto de las actividades públicas de la organización ¡Álbum!

Referencias

<http://www.escriitoresdeeskadi.com/en/>

<https://webdelalbum.org/>

Canal de Youtube de la asociación ¡Álbum!: <https://www.youtube.com/channel/UCG7XiDT2Ds-HenpQcvUv3Y5A> (alternativamente: <https://webdelalbum.org/canalyoutubealbum/>)

Artículos sobre las jornadas de autor, Bilbao

«El oficio de escribir en el siglo XXI», 25 de septiembre de 2019: https://www.eldiario.es/cantabria/primera-pagina/oficioescribir-siglo-xxi_132_1340991.html

«Los escritores tienen problemas», 14 de octubre de 2018: https://www.eldiario.es/cantabria/primera-pagina/escritores-problemas_132_1890381.html

«¿Sirven para algo las editoriales?», 27 de septiembre de 2017: https://www.eldiario.es/cantabria/primera-pagina/sirven-editoriales_132_3166390.html

Artículo «A Ciencia Incierta» conversaciones acerca del libro-álbum, la mediación lectora y el conocimiento del mundo

«A ciencia incierta», 18 de diciembre de 2019: https://www.eldiario.es/cantabria/primera-pagina/ciencia-incierta_132_1183841.html